

©editorial BNEI SHOLEM

# Serina



Editorial BNEI SHOLEM

©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original en hebreo  
*Shelanu Aht Serina*

Único autorizado para la distribución y comercialización en español Editorial Bnei Sholem

©COPYRIGHT 2012

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma sin el consentimiento escrito del editor. Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



**EDITORIAL BNEI SHOLEM**

Jean Jaures 737

C1215 Buenos Aires Argentina

54 11 4961 8338 - Linea USA 1718-618-4158

whattsApp: +54 9 11 5111 2925

Editorial@bneisholem.com.ar /

editorialbneisholemgmail.com

WWW.bneisholem.com.ar

---

Tanenold, Ruti

Serina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Bnei Sholem, 2012. 256 p. ;

15,5x22,5 cm. ISBN 978-987-1380-64-0 1. Judaísmo. I. Título CDD 296

Fecha de catalogación: 16/04/2012

---

ISBN 978-987-1380-64-0

IMPRESO EN ARGENTINA  
PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

## *Introducción de la edición inglesa*

**SERINA** no tenía sino una única fotografía de sus sombríos días en los conventos.

Se trataba de una foto de pasaporte tomada, aparentemente, antes de ser transferida al convento de Ypres, Bélgica.

Contaba en ese entonces con unos catorce años, si bien su rostro se veía aún como el de una niña. En la foto, está con el cabello negro pulcramente apartado del rostro como con un cepillo. Hay, no obstante, un rizo aislado metido en su alta frente, como si insistiera en expresar la naturaleza bulliciosa de Serina, tan cruelmente refrenada.

Unos grandes ojos claros miran fijamente hacia la cámara con actitud desafiante, tratando de ocultar el inmenso dolor que llevan en sus profundidades.

Unos labios apretados bajo una nariz respingona y un mentón ligeramente tembloroso dan la sensación de que, en un momento, el dique de fortaleza heroica sin duda se romperá y un torrente de lágrimas inundará el bonito rostro: lágrimas de añoranza por un pasado que fue truncado con tanta crueldad, lágrimas de aprensión en vista de un futuro incierto.

Ha pasado más de un siglo desde que la historia de Serina —y la de muchos otros niños judíos de toda la Polonia del siglo XIX— tuvo lugar.

Han pasado más de cien años desde el acaecimiento de una historia tan terrible que en ocasiones parece imposible, tan completamente desprovista de humanidad y conciencia que parece una alucinación.

Pero fue cierta.

Muchísimas niñas fueron secuestradas, arrebatadas de sus padres, y aprisionadas en conventos cristianos. Muchísimas madres perdieron a sus hijas para siempre: si bien aquellas hijas seguían con vida. El dolor de ellas era mayor que si sus hijas hubieran muerto.

En el período en el cual tiene lugar nuestra historia, unas monjas fe-

licianas de Cracovia, Polonia, se comprometieron a educar en su religión a tantas niñas judías como les fuera posible. Para satisfacer este objetivo, emplearon horriblos métodos con el fin de atraerlas.

Hacia el comienzo del siglo XX, había en Cracovia —entonces bajo dominio austríaco— al menos treinta casos documentados de niñas judías aprisionadas en conventos. Los periódicos judíos de aquella época describen algunos de estos casos.

El 23 de julio de 1900 un periódico judío de Polonia imprimió un artículo sobre el tema. El siguiente es un extracto de aquel artículo:

Es ya un hecho bien establecido: el convento Feliciano de Cracovia tiene extendida su red sobre todos los estados polacos para atrapar a las niñas judías de los pueblos y las pequeñas ciudades. Agentes contratados se abren camino por toda Polonia con el fin de tomar niñas judías como rehenes. Las monjas tienen fe en que, considerando su acérrima determinación y la negligencia de las autoridades para contrarrestarlas, pueden hacerse más fuertes y acrecentar diariamente el número de cautivas.

El relato del secuestro de Serina, o al menos partes de él, está basado en la historia real y estremecedora de una valiente niña judía que fue sacada de su hogar en vísperas del Shabat Janucá de 1899 a la tierna edad de trece años. La historia original fue documentada en un libro escrito por su cuñada, mi tía, la señora Rójel S. Arten, de bendita memoria.

Esta, entonces, es mi oportunidad de agradecer a la Reuven Mass Publishing Company por su gentil autorización para usar la información de aquel libro, así como a los parientes de la heroína de esta historia, que me han brindado su tiempo y compartido su conocimiento e información conmigo.

Muchas gracias a mi querida abuela, que enriqueció este libro, como lo hizo con los anteriores que escribí, con su gran acopio de conocimiento, sus habilidades multifacéticas y sus abundantes benevolencia y generosidad.

A mis queridas amigas, que me han asistido, cada una a su manera: lael, lehudis, Tirtza, Mor, Tehila y otras.

A mi hermana menor, Sárale, quien revisó diestra e incansablemente

el manuscrito de este libro, esclareciéndolo, corrigiéndolo y enriqueciéndolo en el proceso. No hay duda de que como resultado de su corrección la historia quedó mejor, con mayor claridad, más fácil de leer y más amena.

A la señora Lea Gliss, quien fue de gran ayuda mientras escribía yo este libro.

A la Sra. Lea Levitan por proveer de un «acompañamiento musical» y mucho más.

Al Sr. Theo Richmond por su gentileza. Su libro me fue de mucha ayuda.

A la prestigiosa editorial Yefeh Nof, a su director, el rav Iónasan Posen, y a los dedicados secretarios por su permanente cortesía y paciencia mientras trabajaba yo con la edición hebrea original.

A todo el personal de Feldheim Publishers por su habilidad profesional en la producción de esta bella edición inglesa. Un agradecimiento especial a la Sra. Jani Goldwasser por su elegante traducción y a la Sra. Tzipora Frankel por su distinguida corrección.

Y, por sobre todo, al Creador del Mundo: «Es bueno dar gracias al Eterno, y cantar alabanzas a Tu Nombre» (*Tehilim* 92:2).

*Ruti Tanenold*  
1 de iar de 5770

## Prólogo

✧ *SERINA* ✧

Contemplé a la persona que tenía frente a mí con sentimientos encontrados.

Parecía ciertamente judío, vestido como lo estaba con atuendos jasídicos. Era evidente que estaba deliberando qué decirme. Su porte emitía una falta de confianza.

Di un paso hacia él, tratando de ocultar mi desconcierto mientras apretaba yo más fuerte la mano de mi pequeño hijo.

Extendió los brazos hacia mí. Lo miré a los ojos y supe de repente que era mi padre.

Sí, ya había visto a este hombre. Había oído su voz tierna. ¿Cuándo? ¿Dónde? No lo sabía, pero sabía que era así.

Lo oí hablarme entre mis confusos pensamientos. Su voz era suave y amorosa, como una caricia.

—Vuelve, hija mía —me dijo—. Ha llegado el momento de retornar a casa.

Es eso lo que me dijo, el hombre que se presentó como mi padre. Me pidió, con voz temblorosa, que volviera a casa.

*¿A casa? Me preguntaba yo en silencio, sin dar ningún indicio de mi agitación interna. ¿Dónde se encuentra este hogar del que usted habla? En Poznan, tengo una casa bonita y una pequeña familia llena de amor. ¿Por qué me está pidiendo que vuelva a casa?*

—Ven a casa, hija mía, con tu madre que te extraña, con tu hermana y tus hermanos que te esperan...

La voz melancólica del hombre me seguía dando golpes en la conciencia.

*¿Mi madre? Yo nunca había tenido una madre. ¿Y hermanos? No, la única familia que tengo son Eduard e Yves. Creo que el hombre pálido que tengo adelante debe de estar tomándose el pelo.*

Siguió hablándome, contándome de tiempos maravillosos que habían alguna vez existido pero que ya no lo hacían, de una familia judía que observaba los mandamientos de Di-s. Escuché con una mezcla de curiosidad, asombro y pesar. Por un momento, tuve la certeza de que era mi padre, pero, al instante siguiente, quería huir lo más rápido que me fuera posible del hombre que me decía fantasías de ensueño.

Las lágrimas que llenaron de repente los amables ojos del hombre me comunicaron que decía la verdad.

—Mi Seri —decía, llamándome por un nombre que yo no conocía. Muy, muy en el fondo, no obstante, sentí algo en mi interior que se agitaba frente a aquel nombre que sonaba extranjero.

De repente, ya no pude tolerar seguir estando allí, observando su rostro angustiado. Señalé a mi pequeño hijo y susurré excusándome:

—Lo lamento mucho, pero creo que es muy tarde. Si no me hubiera casado podría haberme ido con usted, pero ahora debo quedarme con mi hijo, y él le pertenece a su padre...

Se le movió nerviosamente un músculo de la mejilla ante mis palabras. Bajé la mirada como para no ver su dolor y continué susurrando.

—Lo lamento, pero tengo que regresar a mi hogar de Poznan.

Sin levantar la vista, pude sentir que se le había profundizado la expresión de dolor que tenía en el rostro.



# 1

## KAZIMIERZ, SUBURBIO DE CRACOVIA; 1899

**V**oces alegres y juveniles llenaban la calle festiva. Muchísimas niñas adorables engalanadas con trenzas pasaban a toda velocidad por todo camino posible mientras los niños, con sus peot rizados todavía húmedos por sus baños en honor al Shabat que se avecinaba, rezoaban jubilosamente alrededor de ellas.

Eran vísperas de Shabat Janucá.

El sol poniente coloreaba con un tono brillante los apacibles cielos del barrio judío de Kazimierz, con su luz roja acompañando a los hombres que salían en tropel en dirección al viejo beit knéset de la calle Szeroka.

Se podía ver dos figuras que caminaban por la acera, abriéndose paso entre los niños que jugueteaban.

—No te preocupes, Serina —dijo la más alta de las dos—. Estoy segura de que tus hermanos estarán bien. Mira, ¿ves cómo Clarie toma de la mano a Shía y a Léibush? Los está cuidando bien.



—Pero Clarie tiene apenas diez años —respondió vacilante la niña de cabello oscuro—. Y además es muy varonera. Lo cierto es que mamá no le tiene confianza. Es por eso que me pidió que me quedara aquí y no fuera a la sinagoga.

—Pero —exhortó la más alta— no nos quedaremos mucho tiempo. Le prometí a Clarie dos dulces por cuidar de los pequeños. Sabes que tu hermana haría lo que fuera por un dulce.

Serina cedió y apuró el paso.

—De acuerdo, iré contigo, Johanna. Pero si hay algún problema es tu responsabilidad.

Avanzaron por la calle en pendiente, Johanna apresurándose y la pequeña Serina haciendo lo mejor que podía para seguirle el ritmo.

—Estoy segura de que no podrás creer lo que verás —dijo Johanna, con la voz llena de entusiasmo—. Hasta tu nueva sinagoga, de la que estás tan orgullosa, es totalmente patética comparada con el esplendor de la iglesia. Y las plegarias judías de ustedes no tienen comparación con las plegarias católicas que recitamos nosotros.

—¡Eso no es posible! —protestó Serina con firmeza, apartándose de los ojos un mechón caprichoso—. Por supuesto, las autoridades se encargan de que ustedes tengan iglesias altas y hermosas mientras que a nosotros los judíos sólo nos permiten construir edificios sencillos y bajos. Pero nada, puedes estar segura, Johanna, puede competir con nuestras plegarias.

—¿Oh, de veras? Dentro de unos minutos veremos quién de nosotras tiene razón.

De repente, Johanna tomó fuertemente la mano de la niña y empezó a correr con rapidez, arrastrando a Serina detrás de ella.

—¡Basta, Johanna! Estás corriendo muy rápido y yo...

—Le prometí a Clarie que volveríamos a tiempo —dijo jadeando

la joven católica, apretando con más fuerza la mano de Serina.

—¡Ay! ¡No puedo correr tan rápido! Creo que será mejor que volvámos. Vamos, Johanna, la iglesia está aún a bastante distancia y pronto mi padre regresará de la sinagoga. Veré la iglesia en otro momento. ¡Ay!

Pero Johanna no se detuvo. De hecho, apuró el paso.

—¡Voy a volver! —anunció Serina, tratando de liberar su mano del apretón de Johanna. Pero Johanna, que era más fuerte, se mantuvo firme.

—¡Ven rápido! —ordenó, con la voz de repente severa y aterradora—. ¡No me des ningún problema en este momento!

—A casa —sollozaba alarmada Serina—. Quiero ir a casa...

Sólo los oscuros cielos de arriba respondieron a sus sollozos con un eco de lamento y espectral.

Aquel día Serina no regresó a su hogar.

Pasaría un muy largo tiempo antes de su retorno a su bonito y amado hogar de Kazimierz.

Johanna, la criada polaca, arrastraba a Serina a la fuerza por las oscuras y desiertas calles, sin prestar ninguna atención a las lágrimas que le caían a raudales por el rostro. De repente, se les acercaron dos monjas. Tomaron velozmente a la niña, presa del pánico, de las manos de Johanna, quien se dio vuelta y sin intercambiar palabra alguna con las monjas volvió corriendo a la casa de sus patrones.

Por suerte para Johanna el señor de la casa no había aún regresado de la sinagoga. Johanna se puso una sonrisa en el rostro y se acercó rápido a la pequeña Clarie.

—¡Los vigilé atentamente! —dijo orgullosa la niña, con las oscuras trenzas volando en el viento, mientras se acercaba corriendo a Johanna—. Léibush trataba de escaparse todo el tiempo, pero yo no le soltaba la mano. ¡Ahora dame los dulces!

—Por supuesto —respondió Johanna con una sonrisa, sacando un puñado de golosinas del bolsillo de su vestido—. Toma dos dulces, como lo prometí. Y también recibirá un dulce cada uno de ustedes por portarse tan bien —les dijo a Léibush y a Shía, poniendo un dulce en cada una de las pequeñas palmas extendidas.

En ese preciso momento pudo verse caminar por la calle a la señora de la casa, acompañada de una vecina.

—¡Mamá, mira lo que nos dio Johanna! —gritaron los niños, corriendo hacia ella.

—¡Un dulce! —exclamó Shía, agitando su brazo regordete.

—Y yo recibí dos dulces, porque cuidé a los niños cuando fue a ver a su amiga —dijo Clarie, tirando del elegante vestido de su madre.

—Que tengas un buen Shabat, Sara, y que oigamos buenas noticias —dijo la madre de los niños, despidiéndose de la vecina. Entonces ella y sus hijos entraron a la casa.

—Que tenga un buen Shabat, pani Lederman —dijo Johanna, levantándose de su lugar. Había aprovechado la demora de la señora en el patio para entrar a la casa a hurtadillas y acomodarse en el sofá.

—Que tengas un buen Shabat, Johanna —respondió la patrona, sonriendo—. ¿Ya has podido encontrarte con tu amiga y regresar? Oí que los niños se portaron bien y que les diste golosinas.

—Sí, estuvieron de maravilla —dijo la criada con entusiasmo—. Clarie jugó con los pequeños hasta mi regreso. ¿No se merece una recompensa por eso?

—¿Y dónde está Serina? Yo la dejé a ella para que cuidara a los niños. ¿Fue en cambio a jugar con sus amigas?

—No lo sé —respondió Johanna encogiendo los hombros—. Cuando me fui a ver a mi amiga, la vi a Clarie jugar con los niños en la calle. No vi a Serina, de modo que le pedí a Clarie que mirara

a los niños hasta mi regreso. Cuando no la vi me quedé sorprendida. Suele ser muy responsable y obediente.

—¿Y ahora dónde está? —se preguntó la señora Lederman—. Incluso si fue a la casa de una amiga, para ahora ya debería estar de vuelta.

—No se preocupe. La ayudaré a empezar a preparar la comida —se ofreció servilmente Johanna. Entró a la cocina para ayudar a su patrona antes de que volviera reb Israel, el padre de Serina.



## 2

**L**a almohada blanca de Clarie absorbía sus lágrimas en silencio.

Clarie yacía tendida en su cama, dentro de su bonita y espaciosa habitación. La arreglada cama de su hermana estaba llamativamente vacía. Desde una habitación cercana, Clarie podía oír la respiración constante de Shía y de Léibush. Sólo ella no se podía quedar dormida.

Los ruidos de las voces de los vecinos y de los bajos sollozos de su madre llenaban de pavor el corazón de la pequeña.

Serina se había ido. Eso lo sabía. Todo el barrio judío había acudido pronto en ayuda de los Lederman y registrado minuciosamente la zona. Hacía ya varias horas que la estaban buscando y no habían encontrado nada en absoluto.

Y sólo ella sabía dónde podrían encontrar a su hermana.

Se lo quería decir a su madre. Quería entrar corriendo a la sala en ese preciso momento, abrazar tiernamente a su madre y susurrarle al oído todo lo que había visto, a pesar de que... a pesar

de que Johanna se enojaría.

No le importaba si Johanna le pegaba o nunca más le daba una golosina. No tenía necesidad de golosinas; lo único que quería era que su hermana regresara.

¿Entonces por qué nadie la escuchaba?

Ya había salido varias veces de la cama para abrirse camino hacia el comedor y contarle a mamá su secreto, pero mamá no la había escuchado en lo más mínimo.

—Ve a dormir, cariño —le había pedido su madre, tratando de sonreír en medio de las lágrimas. Las vecinas se apresuraron para acompañarla de vuelta a su habitación.

—No molestes a tu madre —le había dicho la señora Bloch, la madre de su buena amiga Sheine—. Está muy preocupada en este momento. Si quieres ayudarla y ponerla contenta, vuelve rápido a la cama y ve a dormir.

Y había tomado a Clarie de la mano para llevarla a la cama.

—Pero Seri... Yo sé... Se fue con... —lo intentó Clarie.

—Seri volverá pronto, con la ayuda de Hashem. Ahora ve a dormir. Mañana, cuando te despiertes, la verás —había dicho la señora Bloch para serenarla, mientras la acostaba.

Tres veces había intentado Clarie compartir con su madre lo que tenía en el corazón, y tres veces la habían enviado de vuelta a la cama.

*¡Mamá!, lloraba Clarie en silencio. Ven aquí a mi cama tan sólo un momento. Hay algo que quiero decirte, sólo a ti. Si vienes, te contaré un secreto grande e importante y no llorarás más. ¡Tan sólo ven, mamá! ¡Ven aunque sea un minuto! ¡Ma-má!*

El único testigo de sus saladas lágrimas era su almohada.

Las monjas tomaron a Serina de las manos y la agarraron, una a

cada lado, con un fuerte apretón.

—¡Johanna! —Serina trató desesperada de volverse para mirar hacia atrás. Logró ver durante un fugaz segundo a la criada católica de su familia correr lo más rápido que la pudieran llevar sus piernas. Entonces una de las monjas le dio vuelta la cabeza y la otra le tapó fuertemente la boca con una mano. Ninguna de las dos hizo tanto como echarle un vistazo o intercambiar con ella una sola palabra. Sencillamente la arrastraron, veloz y bruscamente, por las estrechas y oscuras calles.

Luego de avanzar un momento a paso rápido, Serina llegó a un gran convento. Las sólidas puertas del convento se cerraron con un gran estruendo detrás de Serina, dejándola muda de estremecimiento.

Ya había amanecido cuando reb Israel entró a su hogar con dos de sus amigos.

Su esposa, Jana, levantó la vista con los ojos llenos de lágrimas. Un vistazo era todo lo que necesitaba para darse cuenta de que no había buenas noticias.

Los tres hombres atravesaron la sala y entraron a una pequeña habitación contigua.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, reb Israel vio que su hija miraba a hurtadillas hacia el interior del cuarto, con los ojos bien abiertos de temor.

—¿Ha vuelto? —preguntó la niña, con una chispa de esperanza en sus ojos claros.

—¿Qué te hizo despertar tan temprano? —se preguntó su padre en voz alta, evadiendo intencionalmente la pregunta.

—Todavía no me he quedado dormida, papá. Estoy muy preocupada por Seri y yo s...

Cayó en los fuertes brazos de su padre y se echó a llorar amar-

gamente, incapaz de terminar la frase.

El señor Lederman les indicó a sus dos amigos que lo esperaran. Alzó tiernamente a su pequeña hija y la llevó a la cama.

—Trata de serenarte, Clarie. Mis amigos y yo tendremos ahora una reunión para tratar de ver una forma de traer a Seri de vuelta. No te preocupes. Estoy seguro de que no le pasará nada malo.

—Pero yo sé dónde está —trató de explicar Clarie entre sollozos—. ¡Sé que Johanna te mintió, lo hizo! Papá, vi con mis propios ojos... —se puso a llorar otra vez, sin poder continuar.

Reb Israel sabía que si bien Clarie era pequeña, era una niña inteligente. Percibió que tenía información creíble e importante sobre la desaparición de Serina. Esperó pacientemente a que se calmara un poco y se explicara.

Clarie se secó los ojos con el dorso de las manos y observó a su padre. Su expresión tranquilizadora la ayudó a relajarse. Podría finalmente descargar todo lo que tenía en el corazón. Su padre la escucharía y le haría a Johanna traer de vuelta a Seri.

—Papá, se la llevó Johanna —dijo con claridad. Los ojos de su padre se abrieron de conmoción.

»Cuando todos se iban al shul —relató Clarie— Seri y yo estábamos jugando al kúguelaj en el patio. De repente, vino Johanna y le dijo a Seri que la quería llevar a ver su iglesia.

»“Tienes que venir”, le dijo a Serina.

»Serina dijo que no, que no quería, y yo me puse contenta porque quería seguir jugando. Pero Johanna no se dio por vencida. Le rogó y le insistió una y otra vez, y le susurró secretos al oído hasta que Seri accedió a ir con ella. Johanna me prometió dos dulces si yo me quedaba cuidando a Shía y a Léibush hasta que ella y Seri regresaran.

Clarie dejó de hablar para tomar aliento. Reb Israel, pasmado, estaba sentado en silencio.



—Más tarde, Johanna volvió sola, sin Serina, y nos dio golosinas. Mamá le preguntó dónde estaba Serina y dijo que no la había visto en ningún momento. ¡Mintió! —dijo Clarie gritando—. ¡Le mintió a mamá! ¡Sí vio a Serina! Se la llevó con ella a la iglesia y luego volvió sola, y ahora Serina no sabe cómo volver, y probablemente esté llorando y...

A Clarie le caían lágrimas a raudales por el rostro.

Reb Israel observó a su hija, con el ceño fruncido.

—¿Por qué no nos dijiste nada de esto hasta ahora? —preguntó suavemente—. ¿Por qué no le dijiste a mamá de inmediato que Johanna se llevó a tu hermana?

—Porque... porque al principio tenía miedo de que Johanna me pegara. Johanna me susurró al oído que si yo le decía la verdad a mamá, me golpearía y me llevaría a la iglesia también a mí. Pero ya no me importa. No me iré con ella ni siquiera si trata de obligarme. Y no me importa si me pega con tal que Seri vuelva a casa. Se lo quería decir a mamá todo el tiempo, pero no deja de llorar, y la madre de Sheine no me permite acercarme a ella. Así que te esperé a ti, papá, y ahora irás a traer a Seri de la iglesia, ¿verdad?